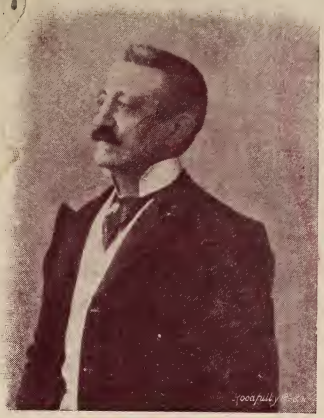
5077



Galo Salinas

Gloriosa Derrota

DIÁLOGO PASIONAL

17

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/gloriosaderrotad506sali

GLORIOSA DERROTA

Gloriosa Derrota

DIÁLOGO PASIONAL EN PROSA

POR

Galo Salinas Rodríguez

Estrenado con brillante éxito en el Teatro Principal de La Coruña
la noche del 3 de Abril de 1904

LA CORUÑA
IMPRENTA Y FOTOGRABADO DE FERRER
CALLE REAL, NÚMERO 61

1904

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Este diálogo, cuya impresión costean cariñosos amigos del autor, ha sido estrenado con éxito entusiasta en el Teatro Principal de La Coruña, la noche del 3 de Abril de 1904, en la función de caridad celebrada á beneficio de la *Cocina Económica.*

Con la carta ofreciendo al Sr. Salinas la impresión de esta obra dramática, le fué entregado un artístico pergamino cubierta de firmas.

Al Excmo. Sr.

D. Juan Armada Losada

Marqués de Figueroa

Tributo de amistad y cariño

Galo Salinas Rosell

Al antiguo y querido amigo, Angel Pardo y Pozo, su siempre leal

Galo

Madrid. Octubre de 1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES. . . .	Srta. Consuelo Puca.
SALVADOR. . . .	D. Carlos Rey de Parga.

Época: Siempre de actualidad.—Hora: Al promediar la noche.

GLORIOSA DERROTA

DIÁLOGO PASIONAL EN UN ACTO Y EN PROSA

Jardín invernadero profusamente alumbrado por focos de arco voltaico é incandescentes. Alfombra de azulejos. Fuentes, estatuas, glorietas, bancos y y sillones rústicos y macetas con plantas exóticas. El teatro á obscuras para el mejor lucimiento de la escena iluminada.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón una orquesta de cuerda deja oir desde lejos los compases de un vals. MERCEDES (18 años) elegantísimamente vestida de baile, con larga cola y descotado, entra en escena con alguna precipitación, por el bastidor derecha del actor. Abanícase nerviosa paseando por el escenario.

MERCEDES, sola

MERC. ¡Dios mío! ¡Qué aburrimiento, qué hastío, cuánta violencia tengo que hacerme para sostener esta sonrisa, manifestación de una alegría que no siento, especie de careta tras la que oculto mi disgusto. Y yo, nadie más que yo tiene la culpa, por lo que contra nadie puede volverse mi enojo... (Transición.) Hace días se me acercó mamá y me dijo: «Mercedes, dentro de un mes cumplirás diez y ocho años, y ya sabes que hemos con-

675211

venido en que tu aniversario coincida con el primer traje que vistas de largo. Los vestidos ya están hechos, pero tu padre y yo, que adoramos en tí, queremos solemnizar esa fecha de un modo espléndido, bien regalándote una valiosa joya, bien poniendo una cantidad á tu nombre en el Banco, bien adquiriendo para tí alguna propiedad: ¿Qué prefieres, hija mía?» Quedéme suspensa y repentinamente le contesté: (Paseándose.) Mamá, ¿no habeis pensado abrir vuestros salones dentro de algún tiempo?, pues adelantad esa fecha y dad una *soirée* para festejar mi cumpleaños; con eso mi presentación al mundo del buen tono se efectuará en nuestra propia casa y en esa fiesta luciré mi primer traje de cola... Y así fué: mis padres, que nunca han sabido negarme nada, accedieron á mis deseos y llegó el gran día y con él la noche en que el banquero Sr. Bermúdez recibe en sus salones á sus relaciones más distinguidas. (Siéntase. Pausa.)

Pero lo que yo suponía placer, felicidad, se convierte en mortificación, sin que pueda sospechar la causa, y hasta me cansan los elogios que recibo (Levántase y acciona.) «¡Mercedes, enhorabuena! ¡Enhorabuena, Merceditas!... ¡Qué hermosa, qué elegante!—¡Siempre bella, siempre seductora...!» ¡Oh! Esto que comienza por halagar concluye por dar mareos, pues por poco que una se fije no ve en todo ello otra cosa que frases de cumplimiento, de esas que son obligadas en toda reunión del gran mundo... (Se apoya con languidez en una maceta de flores, y jugando con el abanico dice un tanto pen-

sativa.) ¡Quien se divierte es Salvador! Toda la noche se llevó colgada del brazo á la antipática Elena... ¡Si señor, antipática...! Porque se puede ser una mujer bonita y no ser simpática, y Elena no lo es, no... (Algo irritada; pasea.) Sospecho que Salvador quiso darme celos ¡Qué ocurrencia! A mí, que le desprecio soberanamente por su increíble atrevimiento, que no es pequeño el haber puesto los ojos en la hija de su jefe... es decir, hoy su socio; él, un pobretón, un orgulloso que olvida el tiempo en que sólo era el criadito de la mujer á la que, con petulancia suma, pretendió nada menos que para esposa.

¡Yo aspiro á más, á mucho más y no he de resignarme á ser una modesta burguesa pudiendo brillar en la alta sociedad! (Siéntase en un banco rústico un tanto meditabunda.)

ESCENA II

DICHA y SALVADOR

Este preséntase en traje de rigurosa etiqueta y penetra con el clac en la mano por el mismo sitio que lo hizo MERCEDES. Dirígese al lugar que ésta ocupa, después de afectar vacilación y mostrar alegría por hallarla.

SALV. ¡Celebro encontrarte, Mercedes!

MERC. ¿Sabías que estaba aquí?

SALV. Lo suponía.

MERC. ¿Por qué?

SALV. Porque te vi salir del salón y parecióme que venías un tanto contrariada.

MERC. ¡Contrariada! ¿A causa de qué?

SALV. ¿Qué sé yo? Pero, en fin, supuse que te dominaba el *spleen* y me dije: Voy á hacer compañía á Mercedes que debe haberse dirigido á la *serre*, y así, repartido entre los dos, el aburrimiento nos tocará á menos.

MERC. ¿Aburrido tú? Pues, nadie lo diría... No será por no haber bailado cuanto has querido.

SALV. ¡Ah! ¿Lo advertiste?

MERC. ¡Pischt! (Con desdén.)

SALV. Pues yo, sí; advertí tu disgusto inexplicable, toda vez te hallabas, como reina de la fiesta, rodeada de tu corte, que no deja de ser agradable. (Con ironía)

MERC. Como la pareja que te correspondió en suerte. (Con ironía.)

SALV. Lo mismito. (Mercedes se levanta en actitud de irse)

MERC. Está bien. Vuelvo al salón antes que se note mi ausencia.

SALV. (Interponiéndose.) Mercedes, formalicémonos: es necesario que tengamos una explicación decisiva.

MERC. ¡Explicación! ¿Sobre qué?

SALV. Sobre algo tan importante para mí, que va envuelto en ello mi porvenir, mi dicha y mi tranquilidad.

MERC. (Intentando marcharse.) ¡Mal momento has escogido!

SALV. Espérate, Mercedes, siéntate y atiéndeme. (Insistiendo.)

MERC. Déjame.

SALV. No: hoy has de oirme... (Calma muy grave) porque quizá sea ésta la última vez que nos veamos.

MERC. (Asombrada.) ¿Qué dices, Salvador?

SALV. Que de lo que decidas, luego de haberme escu-

chado, pende el que para siempre me quede en esta casa ó que para siempre me aleje de ella.

MERC. ¡Pero eso es una locura!

SALV. Sí, lo es. Tal vez mi conducta se interprete como una enorme ingratitud, supuesto que tanto le debo á tu bondadoso padre; pero ¡estoy loco! tú lo has dicho, y como mi locura es del corazón y no del cerebro, si la enfermedad no se ataja, el corazón estallará y con él se me irá la vida, y se me irá el alma.

MERC. ¡Ten juicio y no sueñes!

SALV. Déjame soñar, aunque sea sin juicio.... Escúchame.

MERC. ¿Va á ser muy largo el relato?

SALV. Trataré de compendiarlo.

MERC. Ya que no queda otro remedio me resigno. Puedes empezar. (Mercedes siéntase en un banco y Salvador lo efectúa también en una silla rústica, cerca de aquélla. Pausa.)

SALV. Hace ya bastantes años, un matrimonio de humildes menestrales llegó á esta ciudad y se estableció modestamente con un comercio de ultramarinos. Su honradez, su inteligencia y su actividad contribuyeron á aumentar los negocios, viniendo á ser en poco tiempo aquel comercio uno de los más importantes en su clase.

MERC. ¡Tienes buena memoria!

SALV. Ciertamente. Para que la dicha de los honrados cónyuges fuera completa, Dios les concedió un ángel en forma de una preciosa niña, hacia la que convergieron todos los cariños de sus excelentes padres.

MERC. ¿Falta mucho? (Displicente.)

SALV. No te burles, Mercedes, y pues el cielo te hizo tan linda no quieras ser cruel. (Sentido.)

MERC. Gracias por la lisonja y perdón para el apóstrofe; pero sigue.

SALV. Ocho años tendría la niña, cuando una mañana, trayendo una carta de recomendación de su pueblo, presentóse á los comerciantes un rapaz de unos doce años, solicitando ser admitido como dependiente. Agradóle la pinta del muchacho al dueño del establecimiento, lo tomó á su servicio, y como quiera que en él observase listeza y penetración, lo prefirió á sus otros dependientes y para él fueron todas las consideraciones. (Con semblante sonriente.)

MERC. Desde luego merecidas... ¿Y que más?

SALV Convirtióse el chico en compañero de la niña; la conducía al colegio, jugaba con ella, era objeto de sus rabietas, y más de una vez las manitas de la niña cayeron sobre su rostro; pero él sentía compensadas sus contrariedades, cuando los labios de su tiranuela, entreabriéndose como dos pétalos de carmínea rosa, se posaban en sus mejillas... Entonces, apoderándose de la hermosa cabecita de la niña se la cubría de besos... (Mirando fijamente para Mercedes que desdeñosa vuelve la cabeza.) Yo creo que, á pesar de haber transcurrido tantos años, aún deben conocerse las huellas de aquellos cariñosos ósculos.

MERC. ¡Pasó ya tanto tiempo desde esa fecha! (Indiferente.)

SALV. Tienes razón; pero yo bien lo recuerdo.

MERC. ¿Se acabó la historia? Porque esa es una historia ¿verdad?

SALV. Justamente, la tuya y la mía que traigo á tu memoria, tal vez mortificándote en tu vanidad, para demostrarte que ambas tienen unos mismos pergaminos y pueden escribirse en unas mismas páginas. (Un poco resentido.)

MERC. (Levantándose con altanería.) ¡Basta ya!

SALV. ¡No! Ten paciencia que luego termino. (Tomándola de la mano la induce á sentarse.)

MERC. ¡Pero esto es una tiranía! (Contrariada.)

SALV. (Desentendiéndose.)
Según pasaban los años, más predilección me mostraba tu padre, y queriendo hacer de mí un hombre de provecho me permitió que asistiera á una escuela nocturna para ampliar mis estudios, y más tarde me alentó á que aprendiese idiomas y cursase la carrera del peritaje mercantil que terminé con aprovechamiento... De la blusa del aldeanito, ya no quedaba ni un solo girón, y en lugar del pobrecito muchacho mansote y apocado, aparecía el adolescente elegante y social que alternaba con buena gente y vestía con gusto... (Levántase y vuelve á sentarse.) ¡Bien ves como el frac no se divorcia del modelo que lo sostiene! (Con estudiada afectación.)

MERC. Sobre todo modesto. (Sonriendo.)

SALV. No, no lo soy, sino veraz; la modestia excesiva es una hipocresía disfrazada, y yo no soy ni quiero ser hipócrita: en mí han de hablar siempre la franqueza y la sinceridad.

MERC. Mira que el baile me espera. (Algo nerviosa.)

SALV. Concluyo. El día que obtuve mi título de contador de comercio, me llamó tu padre y me dijo:

«Salvador, mis negocios han marchado tan bien y tanto has contribuido tú á ello, que estoy decidido á realizar mi establecimiento y abrir casa de banca. Tú serás el gerente y, además de tu sueldo, desde luego te intereso en las utilidades.» Lleno de reconocimiento le cogí las manos y se las llené de besos y de lágrimas... (Alzándose y declamando cada vez con más exaltación.) Entonces pensé como siempre en tí, te admiré más bella, hice un examen de lo que por tí sentía y observé que mi cariño de niño había llegado al enamoramiento; luego á la pasión, al entusiasmo, al delirio; después á la adoración, á la idolatría, á la locura, y en uno de estos momentos de vehemencia suprema, corrí á encontrarte, caí á tus pies y enagenado te dije: ¡Angel de argentadas alas, santa mía, virgencita de mi alma... ¡Te amo!... (Cae de rodillas á los pies de Mercedes, quien se levanta rapidamente prorrumpiendo en una carcajada burlona.)

MERC. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

SALV. (Irguiéndose como movido por un resorte, exclama con dolorido acento.) ¡Así, de ese modo me respondiste aquel día, pasa ya de un año, y yo te amenacé advirtiéndote que te saldría cara tu risa...! Pero no sé vengarme de quien tanto amo, y como por otra parte no puedo continuar á tu lado porque temo que mi locura alcance los extremos del frenesí, ha llegado el momento solemne en que con toda suerte de encarecimientos te ruegue des una categórica respuesta á mis pretensiones para despedirme de esta casa y de tus padres, aun á trueque de merecer su enojo y ser calificado de ingrato,

ó quedarme aquí unido á tí por toda la vida..... Mira, Mercedes, que con el corazón ahogado por la pena aún podría verte enlazada á otro hombre; pero si no te amara ni respetase tanto como yo conceptúo que debes ser respetada y amada... ¡Lo mataría, te lo juro, lo mataría! (Decidido.)

MERC. ¡Oh! (Levántase con altanería, se separa de Salvador é intenta marcharse.)

SALV. ¿Te marchas? (Levantándose.)

MERC. ¡Sí! (Secamente.)

SALV. ¿Y no me dices nada? (Suplicante.)

MERC. ¿Qué quieres que te diga?... Salvador, tu estado muéveme á compasión: yo te estimo con afecto de hermana; no pretendas en vano que te quiera con otro que no siento. (Severa.)

SALV. ¿Es esa tu última palabra? (Muy solemne.)

MERC. La última y la definitiva. (Yéndose muy lentamente.)

SALV. Ve, ve, pues, á divertirte en tanto quedo yo sumido en la desesperación... ¡Mi suerte está ya echada! ¡Tú has pronunciado mi sentencia!

MERC. Creo que has pensado bien, y que la separación nos será á todos conveniente. Voy á preparar tu despedida. (Vase despacio, con altivez, mientras Salvador se deja caer con desaliento en la silla. Al poco tiempo se levanta, quiere seguir á Mercedes y se detiene con un movimiento de dignidad ofendida.

ESCENA III

SALVADOR, solo

SALV. ¡No!... ¡no! ¡Hay que ser hombre, hay que luchar por la vida, pero lejos, muy lejos, donde no la vea, donde no la oiga, donde de ella no sepa...! (Pasea nervioso.)

¡Mujer divina, pero con alma de acero! Esfinge inconmovible, con la insensibilidad de la materia inerte; sin vida, sin nervios, sin arterias que comuniquen vitalidad al corazón que yace como un cadáver encerrado en su ataúd: cuerpo hermosísimo con la morbidez plástica de la estatua, pero como ella fría, dura, granítica é inmutable... (Volviéndose hacia las estatuas y dirigiéndose á ellas.) ¡Como vosotras! Sí, como vosotras, bellas con las tonalidades que os presta el rayo solar, aunque sin templaros con el calor que os ofrece y que apenas comunicado se hiela al acariciar vuestra compacta rigidez... (Transición. Con emoción creciente.) ¡Y yo la amo, la amo con esa fuerza superior que avasalla, que mortifica, que violenta, que tiraniza; porque el amor es un sentimiento que encierra en sí tal despotismo, que convierte en esclavo al hombre más libre de la creación, sea cual fuere su categoría... Pero yo dudo de que tal sentimiento sea siempre bueno, porque los buenos sentimientos no dañan como éste á mí me daña, y lejos de ser patrimonio exclusivo de nadie, son por el contrario plantas que se aclimatan en cualquier terreno y crecen hasta en las mismas tumbas... ¡Por qué no arraigará asimismo en el corazón de Mercedes, ya que tan profundas raíces ha echado en mi alma!

Y ella me desprecia, sí, me desprecia: su orgullo hace volar tan alto su fantasía, y de tal modo alimenta sus ilusiones, que mientras ella se admira la señorita aristocrática y adinerada, sigue viendo en mí al humilde rapazuelo, al hor-

terilla que años ha la complacía en todos sus caprichos de niña... ¿La daré celos? ¿Afectaré desdenes para interesarla? No. ¡Yo no sé fingir! (Cogiéndose la cabeza.)

Es preciso que esto acabe: la perturbación de la inteligencia debe ser una cosa horrible; la locura del espíritu es espantosa, atroz, monstruosa... Yo lo sé, porque comprendo que, sin quererlo, va vertiginosamente invadiendo mi alma. (Lleva las manos á los ojos como secándose las lágrimas.) ¡Ánimo, Salvador! (Reaccionando.) Me iré de aquí con el corazón lacerado, con la mente enferma, viviendo y muriendo con el recuerdo de Mercedes... (Apóyase contra una estatua de modo que la cabeza, con abandono, se mueva sobre la superficie de la imagen y fingiendo momentáneamente un absoluto olvido de cuanto le rodea. Estúdiese esta actitud.) ¡Mercedes! ¡Qué pocas tiene para mí la virgen, la santa, el ángel de mis ensueños, la que idolatro con delirante pasión, la que en mis momentos de deliquio imaginé diosa, alcéle un altar en el corazón, y mi alma, postrada ante la suya, la hizo el tributo de su libertad y le rindió el culto de su esencia! (Volviendo en sí.) ¡Porqué habré aprendido tanto y porqué sé tan poco! Las ideas se agolpan y atropelladamente quieren escapárseme del cerebro; pienso infinito y es mi expresión limitada, y aunque estoy reconocido á quien me hizo acercar á los dominios de la ciencia, duélome de haber iniciado mis pasos en ella porque no acierto á encontrar la que enseña el olvido. (Con actitud desesperanzada.)

El Salvador de la buena sociedad de hoy,

correcto é ilustrado, siente nostalgias por el Salvador de antes, incongruente é ignorante, sencillo é ingenuo; pero tan feliz... tan feliz como desgraciado es al presente... (Marcha lentamente. Siente pasos hacia la parte por donde se fue Mercedes, dirígese ligeramente á aquel lado y vuelve corriendo á la escena.) ¡Ella otra vez¡ ¡Y vuelve agitada! ¿Qué la ocurrirá? ¡Ah, Mercedes, perdona mi indiscreción, pero quiero sorprender tus secretos, si alguno tienes. (Va á ocultarse detrás de una estatua, hasta que deba decir, respondiendo á las palabras de Mercedes, «Te amo».)

ESCENA IV

DICHO y MERCEDES

Mercedes entra agitada con un papel en la mano. Salvador oculto en su escondite no pierde ninguna palabra ni ademán de Mercedes

MERC. ¡Esto es incomprensible! ¡Atrevimiento como él ni se ha visto ni se verá! El conde me esperaba á la puerta del salón; inopinadamente se me acerca, me tiende la mano y cuando iba yo á recogérsela contestando á su saludo, deja en la mía este billete, se inclina y desaparece... ¿Qué será esto?... ¿Leeré este papel? ¡No sé qué hacer, dudo: tengo deseos de enterarme de su contenido y temo imponerme de lo que dirá...! ¡Valor!... Aquí nadie me vé y podré leer lo que en él está escrito. (Pasea la escena y suponiendo que nadie la escucha lee lo siguiente.) «Mercedes: A la doble corona de la belleza y de la fortuna que á V. enaltece, fáltale la de la aristocracia para hacer de V. la mujer

perfecta de la elegante sociedad. ¿Quiere usted aceptar la mía que rendido la ofrezco?—El conde Fontánez». (Admirada.) ¡Cómo! ¿El conde se me declara y coloca en mis sienes su corona? (Con júbilo.) ¡Yo condesa! ¡Al fin! Mi amor propio está satisfecho ¡Qué alegría! ¿Y qué le contesto? Con ligereza.) ¡Que sí; eso ni siquiera se piensa...! (Quédase repentinamente pensativa.) Pero ¿desde cuándo el de Fontánez piensa en mí?: nunca nada me dijo ni se insinuó. ¡Esto es extraño, muy extraño!, y aunque soy todavía bastante niña para comprender ciertas cosas, no sé lo que preveo en el proceder del conde, que no me parece del todo muy correcto. Así, sin más ni más ofrecerme su título... ¿Lo hará porque efectivamente me ama? ¿Codiciará tan sólo las riquezas de mi padre?

¡Esto sería horrible! ¡No sé, no puedo adivinar sus intenciones!: lo que sí observo es el laconismo que descuella en su escrito; la especie de protección con que me brinda; la sequedad de su lenguaje: ni una frase de cariño, ni una palabra galante, ni un concepto que exprese su enamoramiento. (Pausa.) ¡Qué distinto de Salvador; éste sí que me ama, éste sí que acierta á expresar su cariño; se conoce que las palabras le salen del alma. ¡Si fuese conde...! (Con ligereza.) ¡Ah, no, no, qué desvarío! Si pudiera amarle, mejor le querría Salvador que conde Fontánez; pero no puedo corresponderle... al menos con aquella vehemencia con que él me ama.... Y sin embargo, entre sus sentimientos y los del conde ¡qué diferencia tan enorme! (Plácidamente y sonriendo repite las palabras de

Salvador complaciéndose en hacerlas lentas. Salvador sale despacio de su escondite hasta llegar sin ser visto al lado de Mercedes.) ¡Todavía le estoy oyendo! ¡Aún en mis oídos resuena el eco de sus palabras...! ¿Cómo me decía? ¡Ah, sí! (Recordando) ¡«Angel de argentadas alas, santa mía, virgencita de mi alma...!»

SALV. ¡Te amo! (Suplicante y cruzando las manos.)

MERC. ¡Cómo! ¿Tú aquí? (Admirada y sorprendida.)

SALV. Si, yo, yo aquí, sorprendiendo tus secretos y alegrándome de haberlos sorprendido.

MERC. ¿Por qué?

SALV. Porque me ponen en el caso de darte un consejo.

MERC. No te lo pido, Salvador.

SALV. No importa, yo te lo doy: á ello me obligan mi amor y mi deber; dos deberes que se disputan el derecho de velar por tu dicha.

MERC. Venga, pues, el consejo. (Con algo de mimo.)

SALV. Mercedes, no hagas caso de ese hombre que te escribe: bien á las claras se ve que no te ama: ¿qué busca, pues, en tí? no lo sé; pero lo que puedo asegurarte es que no te ama, no, no te ama: el hombre enamorado prescinde del cálculo y habla con el alma dejando que se desborde la pasión que la invade; (Va haciendo lo que dice) el hombre enamorado se aproxima á la mujer adorada, le toma una mano, la acerca á su pecho y se la oprime contra el corazón para que cuente sus latidos...

MERC. (Retirando la mano.) ¡Salvador!

SALV. ¡Ah, perdona! Obsesionado por un sólo y exclusivo pensamiento no hago más que obedecer su mandato imperativo... Perdona; ya sé que tú no

puedes amar, que dentro de ese estuche bellísimo se encierra un corazón que da sus palpitaciones en medio de un ondulante mar de sangre helada; y no puedes amar, porque la desventura de la indiferencia te acompaña por doquier...

MERC. ¡Que yo no puedo amar! (Como protestando.)

SALV. No: tú eres una hermosa estatua... (Volviéndose y señalándolas) como éstas, á las que me dirigía cuando el conde se dirigía á tí, y decíales: sois como ella, y ella como vosotras: insensibles, frías, sin vida, ni alma, ni sentimientos, ni amor.

MERC. ¡Pero tan mala soy? (Ofendida.)

SALV. No, mala no, indiferente, ya te lo he dicho, glacial, con ese fatalismo de los que si piensan mucho, en cambio no sienten nada, lo que reporta su desdicha y la de los seres que por ellos sienten y piensan.

MERC. ¡Me aturdes, Salvador, me aturdes! ¡Que soy insensible... que no sé ni puedo amar...!

SALV. Así lo juzgo, Mercedes.

MERC. (Entre resuelta y temerosa.) Dime, Salvador: ¿amar, será sentir admiración por una persona; tenerla cerca y parecer sernos indiferente, estar ausente de ella, recordar sus palabras y sus acciones y considerarla, grande, noble?

SALV. ¡Sí, eso es! (Ansioso.)

MERC. ¿Amor es tener congojas en el corazón, alegrías en el alma, llanto en los ojos, sonrisas en los labios? (Muy animada.)

SALV. ¡Sí, eso es, eso es...!

MERC. ¡Pues entonces...! (Con vehemencia.)

SALV. ¡Acaba, acaba la frase...!

MERC. ¡Nada...! (Conteniéndose.)

SALV. Amar, Mercedes, es sentir todo eso que tú has dicho, y es también abdicar del orgullo para tener toda la abnegación de confesarle al objeto de nuestro amor, ¡te amo...! y eso precisamente es lo que no harás tú aunque llegues á enamorarte... porque te lo impiden tu tenacidad y tu entereza.

MERC. (Llorando.) ¡Ahora eres tú el cruel!

SALV. (Apartándole el pañuelo de la cara.) ¿Qué es esto.... lloras? ¿Pero es que amas? (Vehemente.)

MERC. Y aunque así fuera ¿á tí qué te importa...? ¡Déjame!

SALV. ¡Que no me importa....!

MERC. Me escarneciste en mi amor propio, despertaste en mí desconocidos afectos, me tendiste una celada, pulsaste airado las cuerdas de mi corazón y ahora que vibran, ahora que me ves humillada te gozas en mi martirio... ¡Generosidad de héroe es la tuya!

SALV. ¡Por Dios, Mercedes, habla claro, mira que estoy sufriendo un verdadero suplicio, que advierto que se me va la razón, porque temo comprenderte, adivinarte... y quiero adivinarte y comprenderte! (Le toma las manos.)

MERC. ¡Déjame... vete...! Yo soy una estatua, ¿no lo has dicho con frase cáustica?

SALV. ¡Una estatua, no de mármol, que con el excesivo calor se calcina y pulveriza, sino de bronce, que puede fundirse al fuego del cariño...!

MERC. ¡Salvador...! (Indecisa.)

SALV. (Muy despacio.) ¿Amas...? ¿Me amas? (Oprimiéndole delirante las manos.)

MERC. (Sin contenerse.) ¡Sí...!

SALV. (Apasionado con efusión.) ¡Mercedes!

MERC. (Desasiéndose de los brazos de Salvador.) ¡Ah... no, no, vete... te he engañado... no,... no, ahora soy yo la que estoy loca... vete...! (Huyendo y él persiguiéndola.)

SALV. ¡Loca de amor...! ¡Dilo!... ¿Por qué no lo dices, por qué?

MERC. ¡Por que me atemoriza la vergüenza de mi derrota! (Decidida.)

SALV. ¿La vergüenza de tu derrota? ¡No, Mercedes, no, la gloria de tu derrota...! ¡Si rendirse por amor es ser glorificado! (Con nobleza.)

MERC. ¡Aparta... Aparta...!

SALV. ¡Por Dios, responde, Mercedes! ¿Soy tan feliz que al fin me amas? (Muy suplicante.)

MERC. ¡Sí, Salvador...! (Con entusiasmo. Mercedes se deja abandonar en los brazos de Salvador.)

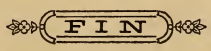
SALV. ¡Ah! ¡Bendita seas!... (La orqnesta dentro preludia un vals lento.) ¡El vals...! ¡Ven y entremos juntos en los salones para que todos puedan ser testigos de tu victoria y de mi triunfo! (Arrogante.)

MERC. Contigo, hasta la eternidad! (Llena de alegría.)

SALV. (Muy solemne.) ¡Angel de argentadas alas, santa mía, virgencita de mi alma... ¡te amo!

MERC. ¡Te amo!
SALV. ¡Te amo! } (Con mucha pasión.)
MERC. ¡Te amo!

Estas últimas palabras deben ser dichas en forma de melopeya, siguiendo los ritmos de la orquesta que sonará despacio en el interior para que se puedan distinguir las voces. SALVADOR y MERCEDES, ésta cogida suavemente por la cintura, rodeándola el brazo derecho de SALVADOR, vánse despacio El telón cae muy lentamente.



OBRAS DEL AUTOR

EN GALLEGO

PUBLICADAS

A Torre de Peito Burdelo—Drama histórico, n-un acto y en verso, premiado na Cruña no ano de 1890, e representado con aprauso en varias poboaciós de Galicia. Leva una carta-prólogo do Excmo. Sr. Marqués de Figueroa.

¡Filla...!—Cuadro dramático de costumes gallegas, n-un acto y en verso, premiado en Pontevedra no ano de 1892 e representado con estraordinario éisito en Buenos Aires moitas veces pol-as sociedades *Orfeón Centro Gallego* e *Orfeón Gallego,* e no 9 de Xaneiro derradeiro, pol-a sociedade *Defensores del Orfeón Gallego.* Na Cruña representouse este drama con entusiasta aprauso, nas noites do 18 de Xaneiro e 24 de San Xoán de 1903. A prensa en xeneral tributoulle prácemes.

¡Galicia!—Himno popular rexional, con música do maestro J. Varela Silvari.

TERMINADAS

Honor golfesco.—Diálogo dramático n-un acto y en prosa.
Sabela.—Comedia de costumes n-un acto y en prosa.
Favorito.—Poema en distintos cantos e variedade de metros.

EN PREPARACIÓN

A Fidalga.—Comedia romántica en tres actos y en prosa.
Andresa *(Dramas da montaña).*—Novela rural.
Horas de Vixilia.—Colección de contos e poesías.

EN CASTELLANO

PUBLICADAS

Lo que puede el honor.—Novela de costumbres.
El Regionalismo gallego.—Estudio social.
La Dramática Gallega.—Memoria acerca de las causas de su poco desarrollo é influencia que en el mismo puede ejercer el Regionalismo.
Gloriosa Derrota.—Diálogo pasional, estrenado con éxito entusiasta en la Coruña el 3 de Abril de 1904.

TERMINADAS

El Bloqueo.—Juguete cómico en un acto y en verso.
El Estornudo.—Monólogo para actriz, en un acto y en verso.
El primer puro.—Monólogo para galan joven, en un acto y en verso.

EN PREPARACIÓN

La expiación de un sacrificio.—Drama en dos actos y en verso.
Martirio sin palma (segunda parte del anterior).—Drama en dos actos y en prosa.
¡Emancipado!—Drama en tres actos y un prólogo-juicio, en prosa.
Horas de huelga.—Colección de cuentos y poesías.

Poemetos.—Colección de sonetos y poemas cortos, en gallego y castellano.

Precio UNA Peseta